

## Un miliciano anarquista en el campo de concentración de Albatera (Alicante)

### A anarchist militiaman in the concentration camp in Albatera (Alicante)

*Isabel María ABELLÁN*  
*Escritora e investigadora \**

**Resumen:** Se relata la historia de Isidro, un joven miliciano anarquista que, al acabar la Guerra Civil, fue conducido desde el puerto de Alicante al campo de concentración de Albatera. La reconstrucción de la vida del campo de concentración se basa en las numerosas entrevistas realizadas con el protagonista entre 2009 y 2011. Se recogen asimismo otros testimonios de víctimas del campo de concentración entrevistados en 2000 y 2001.

**Palabras clave:** Isidro Benet Palou; Franquismo; postguerra; represión; campo de concentración; Albatera; Alicante.

**Abstract:** This work tells the story of Isidro, a young anarchist, who was taken from the port of Alicante to a concentration camp in Albatera, just after the civil war. The reconstruction of the life in the camp is based on the numerous interviews with the protagonist carried out between 2009 and 2011. The testimonies of other victims of the concentration camp interviewed in 2000 and 2001 are also offered.

**Key Words:** Franco regime; concentration camp; repression; post-war period.

---

Recibido: 23 de mayo de 2016. Aceptado: 1 de julio de 2016  
Email: [abellancuesta@gmail.com](mailto:abellancuesta@gmail.com).

El 1 de abril de 1939 Franco redactaba en el Palacio de la Isla de la ciudad de Burgos el último parte militar:

«Parte Oficial de guerra correspondiente al 1º de Abril de 1939, III Año Triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO. Burgos, 1º de abril de 1939. Año de la Victoria. EL GENERALÍSIMO: Franco».

El General Franco redactó este parte una vez que fue informado del incidente de Alicante.<sup>1</sup>

Las tropas italianas de la Legión Littorio ya habían cercado el puerto de Alicante, allí aún permanecían entre 12.000 y 15.000 personas, hombres, mujeres y niños que habían esperado en vano durante los últimos días la llegada de los barcos prometidos por Francia para llevarlos al exilio. Pero el buque Galicia, enviado por el General Franco, se situó en la bocana del puerto para impedir la entrada de estos barcos.

El 28 de marzo de 1939, a las once de la noche, zarpó del puerto de Alicante un carguero inglés, el Stanbrook, con unas 2.600 personas a bordo, la cifra es aproximada, otras fuentes mencionan 3.016 pasajeros. El capitán del barco no quería dejar a nadie en tierra, era consciente del final que habrían de tener todas aquellas personas. La Federación Socialista proporcionó las cifras de las militancias del Stanbrook: 572 socialistas, 196 comunistas, 304 cenetistas, 590 republicanos, 184 «Internacionales» y 470 hombres sin filiación política conocida. Además, 328 mujeres, también militantes en muchos casos, y 372 niños. Dos niñas de 3 y 6 años, las pasajeras 2.277 y 2.278, acompañaban a sus padres, Isabel Beltrán y Nazario González, un conocido periodista republicano de Elche, a un exilio en Argelia, todavía colonia francesa, que duraría diez años y cuatro meses. Ellas recuerdan en su libro *Desde la otra orilla. Memorias del exilio*, que el barco salió de aquel puerto abarrotado de gente desesperada con el agua salpicando la cubierta, tanta era la enorme carga humana que transportaba. Ellas son las hermanas Helia y Alicia González Beltrán.<sup>2</sup>

Sin embargo, aunque este dato apenas es conocido, aún partió un último barco del Puerto de Alicante, *El Marítima*. Fue el 29 de marzo de 1939. Por increíble que parezca, y a pesar de la enorme masa humana que se agolpaba para poder subir a este último barco y a la que hubo que dispersar con disparos, aquel buque

1 <[http://www.fnff.es/Sobre\\_Francisco\\_Franco\\_y\\_su\\_tiempo\\_30\\_s.htm](http://www.fnff.es/Sobre_Francisco_Franco_y_su_tiempo_30_s.htm)>.

2 GONZÁLEZ BELTRÁN, Helia y Alicia: *Desde la otra orilla. Memorias del exilio*. Ed. Frutos del tiempo. Elche, 2006.

zarpó del puerto con tan sólo 30 ó 40 personas a bordo. Eran conocidos políticos republicanos sobre los que previsiblemente recaería, de no partir hacia el exilio, una terrible represión.<sup>3</sup>

¿Por qué *El Marítima*, disponiendo de suficiente espacio, no transportó más gente hacia el exilio? Es esta una pregunta muy difícil de responder. Nos queda conjeturar que quizá se pensó que los que quedaban en tierra, al no tener las manos manchadas de sangre nada habían de temer. Esta frase la había pronunciado el propio General Franco.

Entre aquellos miles de personas que no pudieron subir a ningún barco se encontraba Isidro,<sup>4</sup> un miliciano anarquista de Barcelona que partió hacia el frente de Aragón para unirse al grupo de los Internacionales liderado por Buenaventura Durruti. Fue en agosto de 1936. Allí luchó hasta el año 1938, cuando ya la guerra estaba perdida para todos ellos. Pero él no quiso partir hacia el exilio cuando todavía estaba a tiempo. Siguió luchando en la Serranía de Cuenca hasta finales de 1938. Pensaba, como otros, que todavía, en el último momento, aún se podía salvar la República.

Isidro intentaba conservar la calma. Esto no tuvo que ser fácil para nadie. Porque en los últimos días, en el mismo puerto, muchos hombres se suicidaron. Sobre este hecho las cifras oscilan. El general Gambara, al frente de la Legión Littorio, afirmaba que el número de suicidios fue de 68. Otras fuentes elevan la cifra a 136.

En cualquier caso el impacto psicológico de estos suicidios debió ser terrible sobre aquella muchedumbre procedente de todos los lugares de España, fundamentalmente de Murcia, Albacete y Alicante. Pero había personas llegadas de la región del Bierzo, de Andalucía, de Valencia o de Barcelona, como Isidro.

Cuando las tropas italianas entraron en el puerto estalló la desesperación. Supervivientes entrevistados por esta autora durante los años 2000 y 2001 confirmaron que en aquel momento arremetieron los suicidios. Había gente que, enloquecida, se encaramaba a lo alto de las farolas, entonaban a veces la Internacional y, después de dispararse con su propia arma, se desplomaban en el suelo, en medio de un enorme charco de sangre.<sup>5</sup>

---

3 ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *La línea del horizonte*. Ediciones Osuna, Armilla, Granada, 2000.

4 Isidro Benet Palou nació el 15 de agosto de 1916 en Poblenou, Barcelona. Ha fallecido en Valencia el 30 de septiembre de 2011. La vida del protagonista la hemos relatado en la novela ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *Isidro. Relato del campo de Concentración de Albatera*, La Fea Burguesía, Murcia, 2016.

5 ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *La línea del horizonte*, 2009, pp. 80-81.



Isidro Benet Palou (Barcelona, 1916 - Valencia, 2011).

Los soldados italianos fueron separando en dos grandes filas a los hombres de las mujeres y los niños. Muchas familias se dijeron adiós para siempre. Conforme aquellas personas iban pasando entre los soldados eran registradas. Las mujeres y los niños fueron conducidos a cines, conventos y hospitales transformados en improvisadas cárceles y, más tarde, llevados a otros lugares.

Los hombres que no fueron fusilados inmediatamente en el Castillo de Santa Bárbara, una fortaleza situada en un montículo que se eleva junto al mismo puerto, fueron conducidos a un improvisado campo, el de los Almendros. Éste se hallaba situado en la carretera de Valencia. Relata Isidro en una de las muchas entrevistas que mantuvimos entre los años 2009 y 2011, que los hombres llegaron a aquel lugar tan hambrientos que se comieron todas las hojas de los almendros. Él también lo intentó, pero fue incapaz de tragarlas.<sup>6</sup>

En aquel lugar sólo estuvieron unos días, no más de dos o tres. De allí, caminando en dirección a Alicante los condujeron a la estación del tren. La gente humilde salía a las puertas de sus casas para despedir a aquellos hombres, algunas

6 ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *Isidro...* 2016, pp. 65s.

mujeres, muy valientes, se acercaban y les ofrecían naranjas. Las miradas de gratitud de aquellos prisioneros que sabían que posiblemente iban a morir muy pronto estaban enturbiadas por las lágrimas.

En la estación de tren de Benalúa los subieron a vagones de ganado. Cuando abrieron las puertas correderas dentro ya había otros detenidos, tuvieron que agolparse hasta cien hombres en cada vagón. Sobre el techo de estos vagones, unos muchachos muy jóvenes, algunos no tendrían más de dieciséis años, golpeaban con varas de madera a los detenidos, muchos sangraron. Dentro de los vagones el calor era insoportable. Isidro recuerda que cuando el tren se puso en marcha se sintió desvanecer. Era todo, el traqueteo, el olor hediondo del interior de los vagones, la presión humana. No podían caer al suelo porque estaban tan apretados que se sujetaban entre ellos, pero sobre todo era el calor, la sensación agobiante de no poder respirar. Lo condujeron cerca de la puerta, allí se filtraba el aire caliente. Isidro se reanimó.<sup>7</sup>

Cuando el tren se detuvo y se abrieron las puertas se encontraron ante un lugar vallado con alambre de espino y con cuatro torretas en cada esquina. Desde allí, soldados armados con metralletas los vigilarían día y noche para impedir que pudieran fugarse.

Aquel lugar había sido en los años anteriores, durante la República, un Campo de Trabajo, allí habían estado detenidas personas que habían delinquido o que de forma violenta se habían manifestado en contra de la República. La finalidad de este Campo de Trabajo era reinsertarlos en la sociedad evitando el confinamiento en cárceles convencionales.<sup>8</sup>

En los planos que la autora pudo consultar en la Fundación Pablo Iglesias de Madrid, pudo apreciar que el Campo de Trabajo había sido diseñado para unas 700 personas. Constaba de dos barracones que eran los dormitorios de los detenidos, había otro barracón que era la enfermería y un cuarto que era el comedor, luego estaban las estancias de los funcionarios que los custodiaban.

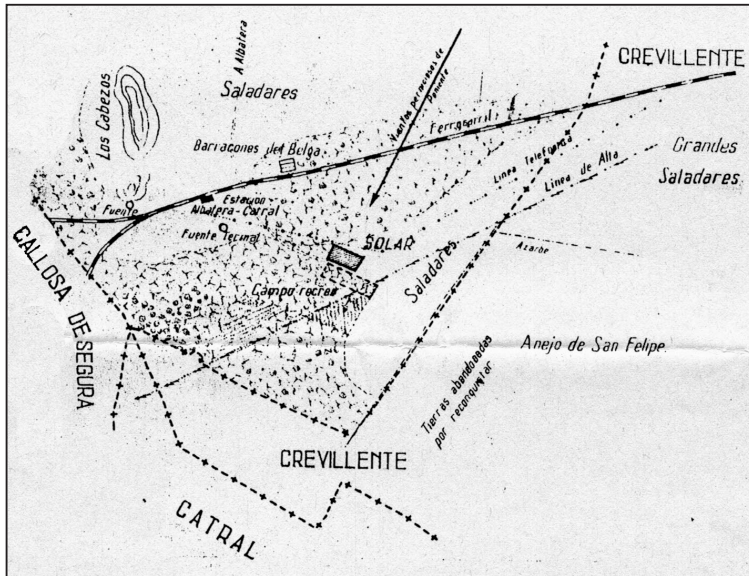
Isidro entró en aquel lugar con otros 20.000 ó 21.000 detenidos, también aquí las cifras oscilan. Pero en lo que todos los entrevistados coinciden es en que no pudieron sentarse, permanecieron cinco días de pie, apretujados unos contra otros. En un primer momento, los primeros en entrar al Campo corrieron para protegerse del sol hacia los dos únicos barracones que no habían ocupado los militares, salieron inmediatamente de aquellos lugares oscuros, malolientes y llenos de parásitos.<sup>9</sup>

---

7 ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *Isidro...*, 2016, p. 67.

8 MARTÍNEZ LEAL, Juan y ORS MONTENEGRO, Miguel: «De cárceles y campos de concentración», *Revista Canelobre. Alicante en los años cuarenta*, vol. 31/32, 1995, pp. 32-45.

9 ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *Isidro...*, 2016, p. 68.



Emplazamiento del campo de concentración de Albufera (Alicante). Archivo Fundación Pablo Iglesias.

Durante aquellos cinco primeros días no les dieron nada para comer ni beber. En una región de España conocida por su extrema aridez y en donde la lluvia es un fenómeno exótico, estuvo lloviendo sin parar durante aquellos cinco días y también durante las noches. Todos los entrevistados recuerdan, y lo relatan a la autora de forma idéntica, que una de aquellas primeras noches escucharon el canto ebrio de uno de los soldados encaramados a una de las torretas. De pronto, como si de una pesadilla se tratara, empezó a disparar ráfagas de su metralleta y murieron una cantidad indefinida de hombres. Isidro contó 17 de entre los que le rodeaban. Fue una forma singular de aliviar la presión humana.<sup>10</sup>

Transcurridos estos primeros días se empezó a evacuar el Campo. Se permitió salir a los menores de dieciséis años y a los mayores de sesenta y cinco. Pero aún así, la presión seguía siendo terrible. Esta situación de caos inicial permitió que algunos detenidos, aprovechando la oscuridad de la noche, escaparan haciendo agujeros en las alambradas. Pero esta circunstancia se atajó de una forma muy práctica.

10 Ibid.

«A esto habéis contribuido vosotros escapándoos del este Campo. Bueno, vosotros no, los que se han escapado. Y para que os jodáis os voy a traer fuerzas moras para que os custodien. Os van a numerar y se fusilará al de atrás y al de delante. De modo que ya podéis hacer lo que os salga de los cojones» (Arenga del Coronel Pimentel).

Esta arenga la memorizó un joven detenido. Cuando la autora de este artículo lo entrevistó en Madrid en el año 2000, el anciano que entonces era, ya había cumplido los noventa años, le dijo que este discurso le hizo reír y que por eso lo memorizó. Porque el Coronel abroncaba a los que no habían huido, a los que no eran culpables de nada.<sup>11</sup>

Pero la idea del Coronel Pimentel no era original, esto ya se estaba haciendo en los campos de concentración que desde el año 1933 se habían construido por toda Alemania. Era una forma perversa e inteligente de convertir a los presos en guardianes de sus propios compañeros.

Este superviviente, al igual que otros, pidió a la entrevistadora que contara sus testimonios, pero pidió permanecer en el anonimato, tenía mucho miedo a perder su pensión. Otro superviviente, entrevistado en Crevillente, a muy pocos kilómetros de donde estuvo el Campo de Albaterra, relató de forma parecida cómo fueron numerados todos los presos para que se vigilaran entre ellos. También este entrevistado pidió permanecer en el anonimato. Pero en este caso no fue por miedo a perder su pensión, fue por miedo a sus conciudadanos.

Llegados a este punto creemos que es necesario contar qué sucedió en Crevillente en el año 2000 cuando esta autora acudió a la Casa de la Cultura invitada por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de esta ciudad para hablar sobre su primer libro, recientemente publicado, sobre el Campo de Albaterra: *La línea del Horizonte*.

El día anterior los medios de comunicación, en concreto la televisión de Crevillente, la habían entrevistado para dar a conocer a la audiencia el contenido del libro que iba a presentar al día siguiente. Ella recuerda que la entrevista fue larga. No sabe si el periodista había leído su libro, pero preguntaba de forma muy directa y precisa. Era evidente que deseaba que ella proporcionara datos concretos sobre la magnitud de la represión que tuvo lugar en aquel lugar.

Deseo abrir un paréntesis y aclarar, antes de continuar, que hasta el año 1991 no tuve noticias de la existencia del Campo de Concentración de Albaterra. Ni siquiera podía imaginar entonces que en España hubiera habido campos de concentración. Pero aquellos planos que encontré en la Fundación Pablo Iglesias de Madrid despertaron mi curiosidad. En los planos se indicaba de forma muy precisa dónde había estado ubicado aquel Campo. El lugar se hallaba en un punto inter-

---

11 Ibid., p. 10.





medio entre las localidades de Crevillente, Catral y Callosa de Segura y, por supuesto, muy cerca la población que da nombre al Campo, Albatera. Exactamente a tres kilómetros de esta población.

Era por lo tanto seguro que muchas personas de cierta edad, o habían conocido de primera mano aquel lugar, o habían escuchado a sus padres hablar del mismo. Era imposible que nadie supiera nada. Sin embargo, a pesar de mi insistencia, sólo pude encontrar una persona que quisiera informarme. Fue un hombre de edad muy avanzada que siempre había vivido en Albatera. Él, antes de morir, quiso contarme lo que sabía. Murió exactamente cuatro días después de conceder esta entrevista. Fue él la primera persona que me confirmó la existencia del Campo y que me detalló las condiciones inhumanas en que se encontraban los presos.

Días antes de que tuviera lugar esta entrevista, una mañana de finales de mayo de 1991, al terminar de impartir una clase, una alumna esperó a que todos sus compañeros hubieran salido de clase. Se acercó entonces a mi mesa y dejó sobre ella un sobre muy grande. Me dijo estas palabras: «Ella me ha dicho que no le diga su nombre».

Sólo supe que era una mujer la que me hacía llegar a través de mi alumna aquel artículo, pesimamente fotocopiado, de la revista *Interviú* en el que se entrevistaban a tres personas, todas ellas con importantes cargos políticos en los primeros años de la Transición, y que relataban su experiencia en el Campo de Concentración de Albatera.

Avanzar en una investigación sobre la que sólo había una única fuente escrita: un artículo de tres páginas en una revista, aunque ciertamente con testimonios muy importantes. En la que sólo contaba con un testimonio oral y con unos planos de los que nadie de la zona decía saber a qué pudieron pertenecer, terminaron por desanimarme y hacer que abandonara este proyecto durante unos años. Hasta que a finales de los años 90 del siglo pasado tuve noticia de un libro por entonces inencontrable: «El año de la victoria. Testimonio de los campos de concentración franquistas». El autor era un periodista que había fallecido en el año 1991, Eduardo de Guzmán.<sup>12</sup> En el año 1975 había obtenido el Premio Internacional de Prensa por su trabajo como periodista durante la Segunda República. Fue condenado a muerte en 1940 sin otra acusación que su labor periodística, indultado y puesto en libertad en 1948. A partir de entonces se ganó la vida como traductor y novelista de género. En los años 70 y 80 publicó una importantísima obra testimonial e histórica. Pero sus libros eran imposibles de encontrar. De hecho, el ejemplar que poseo es de diciembre de 2001.

---

12 DE GUZMÁN, Eduardo: *El año de la victoria. Testimonios de los campos de concentración franquistas*, Ediciones Vosa, Madrid, 2001.

Cerramos el paréntesis y regresamos a Crevillente. Nos encontramos ahora en el año 2000 y la autora se encuentra sola con un anciano que está sentado en la primera fila del salón de actos de la Casa de la Cultura. Ambos hemos llegado antes de tiempo. La escritora aprovecha la circunstancia para sentarse a su lado y hablar con él. En principio de cualquier cosa, aunque en realidad lo que le interesa es saber qué recuerda del Campo de Concentración del que ella habla en su libro. Está convencida que tiene delante a alguien que conoce bien el tema. Parece muy evidente: es un hombre de avanzada de edad que camina con dificultad porque necesita la ayuda de un bastón, y que ha acudido sin la compañía de nadie a la presentación un libro del que por cierto tiene un ejemplar en la mano.

–Lo he leído entero. Quedan muchas cosas por contar que usted ignora, señorita.

Sonreí y le dije:

–Cuénteme, por favor.

Aquel encuentro debía haber sido para mí un regalo. Hoy sé que lo fue. Pero entonces no pude apreciarlo porque lo que sucedió a continuación fue terrible. Aquel anciano realmente no estaba solo. Simplemente se había adelantado, en su evidente impaciencia, al resto de compañeros de partido. Yo ignoraba por completo que en el año 2000 todavía existiera en España un partido político que aún seguía llamándose Falange Española. El hombre con el que yo estaba conversando animadamente había convocado a todos sus compañeros para boicotear el acto.

Apenas tuvimos oportunidad de seguir hablando porque pronto empezó a llegar gente, entre ellos la concejala de cultura a la que fui a saludar para agradecer su amable invitación. Pero en nuestra breve conversación él dijo algunas cosas que me sorprendieron, no por su contenido, sino por la manera en cómo se expresaba. Había en su forma de hablar un odio que no intentaba contener:

–Usted no sabe qué tipo de gente había allí encerrada. Había que eliminarlos a todos porque eran unos asesinos que habían torturado a sus víctimas antes de acabar con ellas.

La concejala de cultura, una chica joven y muy amable conmigo, tuvo que interrumpir el acto apenas hubo comenzado. Fue en el momento en el que dije que había que aprender del pasado para que no se volvieran a cometer los mismos errores.

Como impulsado por un resorte invisible el anciano se puso de pie y blandiendo su bastón como si fuera una espada, gritó con una potencia impensable en alguien de tan avanzada edad lo siguiente: «Poca sangre se vertió. Aquellos miserables se merecían mucho más. Debimos acabar con todos, no dejar a ninguno con vida».

Debió ser el momento pactado, porque el resto de falangistas presentes, la mitad del auditorio o casi la totalidad, empezaron a gritar consignas y se pusieron

de pie. Yo estaba confundida, no entendía qué estaba pasando. Pero la concejala de cultura lo sabía muy bien y dio por terminado el acto. Poco después se disculpaba conmigo y me decía que desde que entró en el salón de actos y vio a los asistentes ya sabía que iban a utilizar la presentación de mi libro para organizar un mitin. Me comentó que entre los asistentes había personas que habían estado presos en el Campo de Albatera. Es decir, que en el mismo lugar, con ocasión de la presentación de mi libro, habían coincidido, quizá por primera vez, carceleros y presos.

Uno de aquellos presos, muy alterado, se acercó a mí para mostrarme el documento que acreditaba su permanencia en el Campo de Albatera. Me pidió hablar conmigo. Lo hicimos días más tarde.

Él llegó al Campo siendo un muchacho de apenas diecisiete años. Días antes, un grupo de falangistas habían irrumpido en su casa buscando a su padre y a su hermano mayor, ambos militantes socialistas que sí habían conseguido partir hacia el exilio desde el puerto de Alicante. Al no encontrarlos decidieron llevarse apresados a la madre y al hijo pequeño. Durante días madre e hijo estuvieron detenidos en el Ayuntamiento de Crevillente, cada uno en una sala contigua, incomunicados. No eran los únicos, había muchas más personas detenidas, casi todos en sus mismas circunstancias: todos debían «pagar» por los que habían conseguido huir. Madre e hijo se estuvieron comunicando dando golpecitos en la pared hasta que se los llevaron definitivamente. Él nunca supo qué fue de su madre. Le pregunté varias veces si volvió a verla, pero él no respondió a esta pregunta. Quizá porque estaba inmerso en su relato y ya no escuchaba lo que le preguntaba. Estuvo un tiempo en el Campo de Albatera, pero como realmente no podían acusarlo de nada, lo sacaron de allí y lo llevaron a otros campos, pero estos eran de trabajo. Durante tres años anduvo de campo en campo hasta que al final lo liberaron. En la primera ocasión que tuvo se marchó a Marruecos, a la zona francesa, y allí permaneció hasta que murió el General Franco.

Durante muchos años he querido olvidar lo que sucedió en aquel salón de actos de Crevillente. No estaba preparada para presenciar aquella defensa de la represión sobre los perdedores. Sin embargo, hoy, en el año 2016, cuando las Asociaciones de la Memoria Histórica se interesan por mi segundo libro sobre el Campo de Albatera, poder recordar el testimonio de uno de aquellos carceleros, me resulta de un enorme valor.

En el primer capítulo de mi libro *Isidro. Relato del campo de concentración de Albatera*, describo cómo unos falangistas torturan a Isidro. Lo obligan a permanecer de pie y con el brazo en alto dentro de un cuadrilátero; un espacio vallado dentro del campo, un lugar de castigo. Isidro tenía que estar en esa posición durante veinticuatro horas antes de ser fusilado.<sup>13</sup>

---

13 ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *Isidro...*, 2016, pp. 13-27.

En la reciente presentación de este libro en Murcia, explicaba a los presentes cómo conocí a Isidro. Fue durante unas jornadas que tuvieron lugar en el año 2009 en el municipio que el General Franco mandó construir donde antes estuvo el Campo de Concentración. Esta localidad de reciente creación se llama San Isidro. El alcalde, miembro del Partido Socialista, decidió apoyar la iniciativa de un grupo de personas partidarias de rendir homenaje a todos los represaliados en aquel lugar. Me invitaron a asistir a aquel acto para hablar de mi primer libro sobre el Campo de Albatera, *La línea del Horizonte*. Isidro leyó aquel libro y quiso contarme más cosas.

De todas las personas que había entrevistado, él fue la única que permaneció en aquel lugar desde que el primer día hasta el último. Después fue trasladado a un Campo de Trabajo en el Norte de Valencia, El Bon Repos. A pesar de su edad, 93 años, conservaba una memoria lúcida y precisa de cómo fue el día a día en un lugar en donde no había dónde cobijarse del calor del día, o del frío de la noche. Donde apenas comían, un chusco de pan para cinco presos y más adelante una lata de sardinas también para cinco, y lo que era peor para todos, sólo podían beber agua una vez cada dos días. Todas las personas que había entrevistado hasta la fecha me habían contado que aquello fue lo más terrible. Para Isidro, en cambio, la falta de agua era algo soportable. Me explicaba que estaba acostumbrado a controlar la ansiedad por la falta de agua porque antes de que empezara la Guerra Civil él había sido ciclista profesional y había tenido que aguantar muchas horas de calor sobre la bicicleta sin poder beber nada. Había competido en muchos lugares del Norte de España y del Sur de Francia. De hecho, cuando se produjo el golpe de Estado el 18 de julio de 1936, él se encontraba con sus dos amigos ciclistas, Bonells y Fresquet en el sur del país vecino participando en una competición.

Cuando regresaron a Barcelona encontraron una ciudad que acababa de vivir una dura batalla. Los militares golpistas habían intentado tomar la ciudad, pero fueron precisamente los anarquistas, la formación dominante en aquellos primeros momentos, los que, a pesar de la desconfianza del presidente de la Generalitat Companys, consiguieron defender Barcelona.<sup>14</sup>

Isidro me contaba que la propaganda era constante. Por todos sitios había altavoces que animaban a los jóvenes a unirse a aquellos voluntarios que ya habían partido hacia el frente para defender la República. Una vez obtenida la primera victoria, el líder anarquista Buenaventura Durruti organizó una columna con cientos de voluntarios para liberar Aragón del asedio de los militares sublevados.<sup>15</sup> Isidro y sus dos amigos ciclistas decidieron responder a aquella llamada y

---

14 GALIANO ROYO, César: *El día de Barcelona. Crónica del inicio de una revolución*, Ediciones Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2008.

15 ORWEL, George: *Homenaje a Cataluña*, Editorial El País, Madrid, 2003.

defender una república que: «Había permitido que el hijo de un obrero pudiera estudiar de forma gratuita y obligatoria hasta los catorce años».

En el resto de España la enseñanza era obligatoria para niños y niñas hasta los doce años, pero la Generalitat de Barcelona decidió financiar dos años más la enseñanza obligatoria. Isidro, gracias a esta reforma educativa, pudo cualificarse y llegar a ser técnico electricista. Él y sus amigos le debían a la República lo que habían conseguido llegar a ser. Era el momento de devolver aquel favor.

Pero como decíamos más arriba, cuando Isidro y sus amigos regresan a Barcelona, la rebelión ya ha tenido lugar y casi todos los jóvenes se han alistado como voluntarios para ir al frente. Les costó mucho trabajo encontrar un cuartel donde todavía hubiera milicianos que no hubieran partido hacia el frente de batalla. Finalmente encontraron uno en el que todavía había jóvenes desfilando una y otra vez, esa era toda la formación que recibían, y que no había partido ya porque todavía no habían llegado las armas con las que tendrían que hacer la guerra. Aquel cuartel era anarquista. Isidro y sus amigos se quedaron y desde entonces también fueron anarquistas.

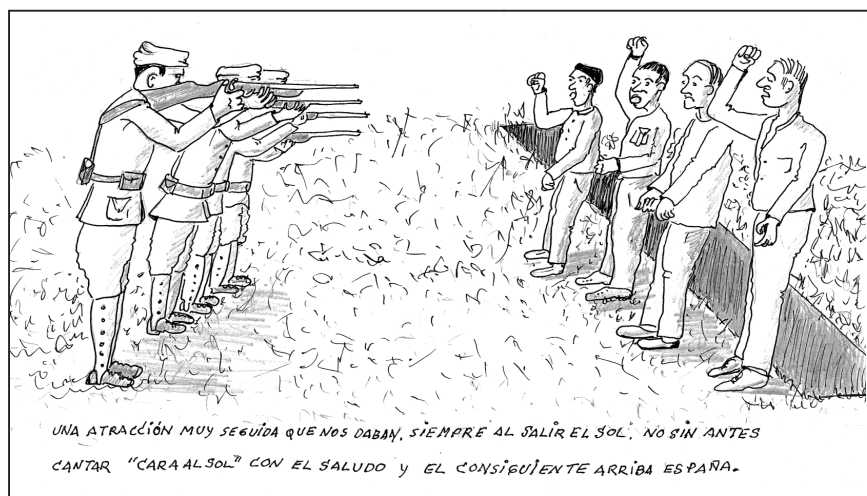
Isidro siempre se sintió orgulloso de aquella decisión, a pesar del alto precio que tuvo que pagar por defender una República que tanto le había dado. Me fue relatando con enorme precisión durante las entrevistas que mantuvimos durante más de dos años, las extremas condiciones en las que vivían en aquel campo de concentración. Desnutridos, deshidratados, con la piel quemada y llena de ampollas, con terribles problemas gastrointestinales por la falta de alimento. Enfermos. Y derrotados.<sup>16</sup>

Durante mucho tiempo dudé si debía volver a escribir sobre el Campo de Albatera. Tenía muy claro que no podía repetir lo que había escrito en el primer libro, ni hacer una segunda parte. No fue fácil. Pero no imposible. Lo que Isidro me contaba era una historia que no era nueva para mí, pero que ahora estaba llena de matices y detalles que la hacían diferente. Me explicaba Isidro cómo se las tenían que ingeniar para poder sobrevivir en aquellas durísimas condiciones. La única posibilidad que les quedaba era la amistad. Sólo siendo solidarios podían resistir. Porque al hambre, la sed, las enfermedades, el estreñimiento crónico, había que añadir la presencia constante de la muerte.

Cada día tenían que formar y permanecer de pie durante largas horas bajo el sol abrasador. Mientras, los miembros de las comisiones, todos ellos falangistas, buscaban entre aquellos esqueletos con piel, al preso al que querían llevar de vuelta a su pueblo para ejecutarlo delante de los que le vieron nacer.

---

16 ABELLÁN CUESTA, Isabel María: *Isidro...*, 2016, pp. 87-92.



Los dibujos han sido realizados por el propio Isidro Benet para las entrevistas que mantuvimos entre 2009 y 2011.



Cuando lo encontraban, lo sacaban a rastras de la fila y lo ejecutaban delante de todos. O bien lo llevaban al otro lado de la alambrada y lo torturaban hasta casi la muerte, luego, los ataban con alambre de espino y se los llevaban. Todos aquellos hombres, llegados el momento final, gritaban llamando a sus madres. Era la última palabra que salía de sus labios.

Los presos estaban obligados a presenciar cómo torturaban al compañero, o cómo lo fusilaban.

Una escena demasiado cotidiana y a la que también estaban obligados a asistir era cuando al amanecer fusilaban a los presos seleccionados la noche antes.

Los que iban a morir debían cavar su propia tumba. Luego, se ponían de pie delante de ella y debían poner el brazo en alto y gritar al unísono:

–España. Una, Grande y Libre.

«Era entonces cuando los soldados disparaban. Normalmente los encargados de realizar estas ejecuciones eran soldados marroquíes. Pero el tiro de gracia se lo reservaban los soldados españoles. Después, a puntapiés, tiraban sus cuerpos al hoyo que habían cavado».<sup>17</sup>

17 Ibid. pp. 17-19.



Escribí este libro sobre Isidro porque su historia me conmovió enormemente. Me fue explicando de una manera casi visual cómo se la ingeniaron para sobrevivir a pesar del hambre, la sed y la desesperación. Era la suya una historia de amistad y superación en la adversidad. Pero era, sobre todo, una lección impresionante de cómo conservar la dignidad cuando se tiene la certeza de que ya está todo perdido.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN CUESTA Isabel María: *Isidro. Relato del campo de concentración de Albaterra*. Ed. La Fea Burguesía Ediciones, Murcia, 2016.
- ABELLÁN CUESTA Isabel María: *La línea del horizonte*, Ediciones Osuna, Armilla (Granada), 2000. (3ª ed. Ediciones Irreverentes. Madrid, 2009).
- DE GUZMÁN, Eduardo: *El año de la Victoria. Testimonio de los campos de concentración franquistas*, Ediciones Vosa, Madrid, 2001.
- GALIANO ROYO, César: *El día de Barcelona (Crónica del inicio de una revolución)*, Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2008
- GONZÁLEZ BELTRÁN, Helia y Alicia: *Desde la otra orilla. Memorias del exilio*, Ediciones Frutos del tiempo, Elche, 2006.



MARTÍNEZ LEAL, Juan, y ORS MONTENEGRO, Miguel: «De cárceles y campos de concentración», *Canelobre*, nº 29/30, Revista del Instituto de Cultura Juan Gil Albert, Alicante, 1995, pp. 32-45

ORWEL, George: *Homenaje a Cataluña*, Ed. El País, Madrid, 2003.

